

La tragedia de una muerte y la vida como tragedia.

Michael Jackson.

Publicada originalmente en Julio de 2009.

Salía de la oficina el pasado jueves 25 de junio cuando me enteré de la muerte –aun no anunciada de manera oficial en ese momento- de Michael Jackson a los 50 años de edad, una noticia que sacudió al mundo, pero que demuestra que la muerte no hace distingos y también que el dinero no necesariamente compra la felicidad.

La vida de Michael Jackson siempre estuvo marcada por la controversia y el escándalo. Ciertamente es que su influencia en el mundo de la música es innegable, la manera en que vendía bofetadas era asombrosa, su álbum *Thriller* es el más vendido de todos los tiempos, pero todo eso se acompañó de una personalidad extravagante y de un comportamiento que por lo menos puede ser catalogado de errático y cuestionable, que se podría entender si tomamos en cuenta que Michael nunca tuvo infancia y que su vida nunca fue normal.

Nacido en el seno de una numerosa familia –séptimo de nueve hijos-, desde los 4 años fue incorporado al trabajo familiar, un conjunto musical conformado por los hijos varones de la familia que se convirtieron en *The Jackson 5*, una agrupación que se fue haciendo de renombre y en donde destacaba el talento de Michael. El director de la agrupación era el padre de la familia, Joe, un hombre que después se sabría, sometía a largas y extenuantes jornadas a sus hijos, presentándolos en entornos de mala muerte, en ambientes no adecuados para los adolescentes y menos aun para el niño Michael, que de pronto se vio enfrentado a situaciones que no debía conocer a su corta edad; el abuso físico y mental del padre no tenía límites, inclusive *La Toya Jackson* habló de abusos sexuales por parte de su progenitor.

Cuando Michael llega a la pubertad sale del grupo e inicia su carrera como solista y logra un buen número de éxitos radiales, pero sería en 1982 cuando alcanzaría su clímax con el ya mencionado *Thriller*, donde los sencillos *Billy Jean*, *Beat it* y *Thriller* –que también marcó la ruta a seguir en cuanto a video clips- lo catapultan a un status de máxima estrella. También causó furor con su ropa –las chamarras con hombreras, los pantalones rabones mostrando sus calcetas blancas, su guante blanco- y su forma de bailar, especialmente la famosa caminata lunar –un paso de baile que en México se practicaba desde los 50s con gente como el cómico Resortes-, todo esto conjuntado con una excelente campaña mercadotécnica, posicionó a Michael como *El Rey del Pop*, un rey bastante cuestionable. ¿Por qué digo esto? Ya lo comentaré más adelante.

A este disco siguió *Bad* (1987), en la misma línea de su trabajo anterior y a partir de este momento las cosas comenzaron a salir de control en muchos aspectos. Para empezar, el negrito bailarín iba quedando atrás y los rasgos faciales de Michael comenzaron a cambiar, en lo que inicialmente fue un intento de lucir las facciones de su admirada Diana Ross –con quien compartió créditos en la cinta musical *The Wiz*, básicamente *El Mago de Oz*- para después evolucionar –o deformarse- en un personaje bastante extraño, medio blanco, de cabello lacio y finalmente sin nariz –a tanta operación, perdió buena parte del cartílago y utilizaba una prótesis-. Por otro lado, sus espectáculos en vivo se convirtieron en algo tan exageradamente elaborado, que las pausas entre canción y canción parecían eternas, sin dejar de mencionar que Michael Jackson, al igual que la *Princesa del Pop*, Britney Spears y contrario a la Reina del *Pop*, Madonna-, siempre utilizaba descarados playbacks en sus conciertos. ¡Pero la gente llenaba los recintos donde el personaje se presentaba! Sus videos musicales posteriores también fueron llevados a la exageración, convirtiéndose en cortometrajes que poco tenían que ver con un cantante y una canción a promover. Michael nunca volvió a tomar el nivel de popularidad que tuvo en los 80s, pero tampoco bajó mucho de ese rango. Por cierto, era curioso ver a este hombre cantar una canción en la que hablaba de que el color de la piel no importa (*Black or white*) cuando él no paraba de intentar volverse blanco, o cuando cantaba con su delgada voz “soy malo, soy malo, realmente malo” (*Bad*). Tampoco hay que olvidar su lado altruista y su participación primordial en el proyecto *We are the world* (1985).

Pero la cereza del pastel fue el morbo que generaba su vida personal y que Michael no ayudaba en nada a desaparecer. En los años 80s declaró que su mejor amigo era un chimpancé llamado *Bubbles*, en el que estaba invirtiendo grandes cantidades de dinero para ¡enseñarle a hablar! Compró el esqueleto de aquel fenómeno de principios del siglo pasado, *El hombre elefante*. Estuvo acusado de abuso sexual de varios menores –casos en los que se arreglaba fuera de la corte- y declaró que le gustaba dormir con niños, porque “son la imagen de Dios”. Se casó con *Lisa Marie Presley* –hija de Elvis y con quien protagonizó algunos de los besos más bizarros que pueden haberse visto- en un esfuerzo por mostrar una correcta orientación sexual y evadir las acusaciones de abuso infantil. Tuvo tres hijos, dos de ellos

aparentemente con una mujer que durante un periodo fue su enfermera y otro por inseminación artificial. Por si fuera poco, no obstante las enormes ganancias que producía mediante sus discos, conciertos y demás productos, el hombre estaba en números rojos debido a su exagerado estilo de vida –en una escena de la cinta tipo reality *Living with Michael Jackson* (2003) se le puede ver en una galería comprando decenas de objetos que ni siquiera se detiene a ver, solo señala mientras camina- y tenía préstamos bancarios e hipotecas sobre su rancho *Neverland* y sobre las canciones de *The Beatles*, cuyos derechos había adquirido. La serie de 50 conciertos que iban a iniciar el 13 de julio en territorio inglés eran un esfuerzo por salir de deudas, que al momento de su muerte se calculan en 500 millones de dólares, aunque se estima que su fortuna alcanza el doble de ese monto.

Hoy Michael Jackson ha muerto y con un horrible epílogo. Los primeros datos de la autopsia detallan que pesaba apenas 51 kilos –y así sus cercanos le permitían ensayar 6 horas diarias-, tenía cicatrices de por lo menos 13 cirugías estéticas, un coctel de medicamentos en el estómago consumido horas antes de su muerte, varias costillas rotas producto de los intentos de resucitación al igual que cuatro pinchazos de adrenalina en el corazón, moretones de alguna caída reciente y el descubrimiento de una prominente calva que lo obligaba a usar peluca. Esto aunado a todos los acontecimientos de su vida, hace suponer casi con total seguridad que la vida de Michael no fue un lecho de rosas, que nunca la disfrutó, que los traumas, obsesiones y presiones fueron la base de cada paso que dio, lo que aunado a toda esa gente que solo lo vio como una máquina de hacer dinero –empezando por su familia que al otro día de su muerte ya estaba pidiendo hacerse cargo de la fortuna del cantante-, hace de este acontecimiento una tragedia que trasciende a la pérdida de un talento musical y lo convierte en un ejemplo de lo que el abuso y la desorientación pueden causarle a un ser humano. Queda su legado y todos los hechos extraños que ya son parte del mito. Dudo que el tiempo nos deje ver una realidad incontrovertible de este personaje. Nuevamente queda claro que la muerte no hace distinciones.

El Rey del Pop ha muerto. La leyenda ahí queda.